

El conflicto entre el desarrollo turístico y la conservación de nuestro patrimonio

Luis Ortiz Macedo

Doctor en arquitectura

Profesor e investigador de la Facultad de Arquitectura, UNAM



Teotihuacan, Estado de México
Fotografías: Javier Hinojosa

Consumadas las guerras napoleónicas y con el florecimiento económico de los países europeos, comenzó en las clases ilustradas la fascinación por conocer tierras exóticas o lejanas, producida por una sensibilidad eminentemente romántica. Empezaron pues a trasladarse hacia América del Norte y América Latina viajeros y agentes políticos, quienes dejaron en sus *carnés* de viaje y sus carpetas de apuntes las primeras referencias acerca de las repúblicas americanas y los tesoros escasamente explorados por España y Portugal. En el continente africano la realidad fue más dramática: los países que entonces lo configuraban fueron tomados por asalto por ingleses, holandeses, franceses y belgas, que desplazaban sus ejércitos para instaurar en sus tierras, colonias o protectorados. En Asia, los intereses europeos se impusieron por parte de las diversas compañías de "Indias orientales", en tanto ingleses, franceses, holandeses y portugueses establecieron colonias dependientes de sus gobiernos hegemónicos.

Se despertó en el ánimo de los europeos el ansia por conocer la historia, las costumbres y el arte de la vieja Europa; Italia era el lugar preferido de lo que posteriormente se llamó turismo cultural. Así, a mediados del siglo XIX se desplazaron 250 mil ingleses sólo en Italia y en las Dos Sicilias, amén de alemanes, nórdicos y franceses, de los cuales no se tiene registro certero. Comenzaron a abrir sus puertas las casas de asistencia precursoras de los hoteles y el transporte era cada vez más expedito para trasladar a los viajeros —las diligencias llegaban atascadas de los equipajes de ávidos turistas—. Los rusos y norteamericanos solicitaban mayor calidad de los servicios y volvían a sus lugares de origen cargados de obras de arte para decorar sus residencias o enriquecer sus colecciones.

"Sin planeamiento ni políticas preventivas, el turismo masivo puede convertirse en la aplanadora de la historia"

Luis Castelli



Chichén Itzá, Yucatán

Debido a la invasión de turistas a la Cartuja de Pavía, cerca de Milán, comenzaron a desaparecer las figuras escultóricas que ornamentaban las fachadas de la recargada fábrica. Asimismo, los visitantes se llevaban como recuerdo fetichista de sus viajes piedras arrojadas del Vesubio o cualquier fragmento de esculturas o pinturas de Herculano y de Pompeya, y escamoteaban de las catacumbas de Roma —como si fueran reliquias— los huesos de alguna sepultura.

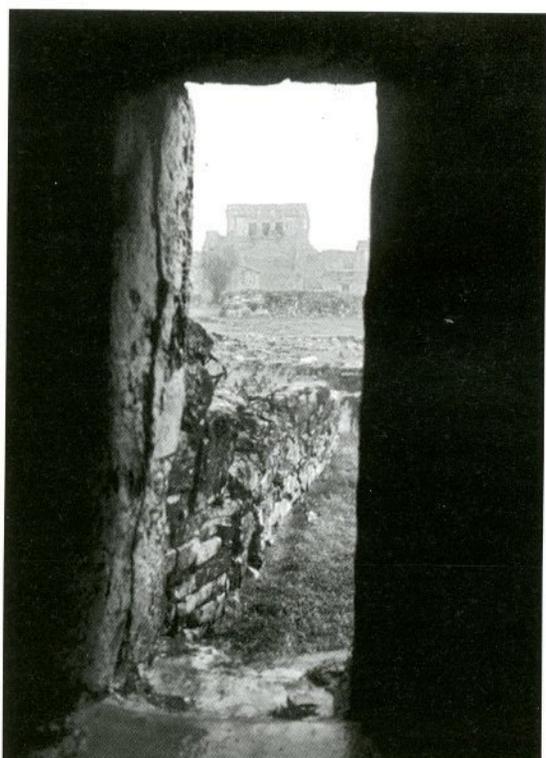
En las flechas de las torres de la catedral de Estrasburgo, los estudiantes alemanes e ingleses dejaron trazos; incluso pude descubrir una frase en caracteres góticos esgrafiada por el mismo Goethe, lo cual demuestra que para los intelectuales de ese siglo no estaba vedado dejar vestigios de su presencia en cualquier monumento histórico.

Ya en la Polonia comunista, al abrir el castillo de Vranof para visitas turísticas, los zapatos de unos 80 mil visitantes por año arruinaron el *parquet* de estancias, vestíbulos y corredores, considerados como los más representativos de finales del siglo XVIII. Además, la irresponsabilidad y el vandalismo de turistas que arrancan fragmentos de muros a los edificios o los dejan impregnados de *grafitis*. Estas agresiones las padecen, por ejemplo, las ruinas de la fortaleza inca de Machu Picchu, en Perú; las pirámides del valle de los Reyes, en Egipto, y la gran Muralla China, son sólo algunas de las más conocidas maravillas expuestas a una degradación permanente por el turismo poco controlado. En la isla de Pascua, en Chile, buscan evitar este problema restringiendo el ingreso de turistas por temor a un impacto ambiental negativo de los 20 mil visitantes por año, luego de que la isla fuera propuesta como una de las nuevas siete maravillas del planeta.

Existen otros casos, por ejemplo, los palacios y jardines de La Alhambra, en España, o el palacio de Versalles, en Francia, que se salvaron a tiempo gracias a planes gubernamentales con los que se controlaron los flujos turísticos y se logró atemperar el impacto negativo.

Se trata de un problema muy grave que mal manejado "es una amenaza directa y puede conducir a la destrucción de los

recursos naturales y culturales en los cuales el turismo está basado", subraya un documento del año de 1997 de la Organización Mundial del Turismo (OMT), que analiza la saturación en los destinos exitosos. Para el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), si no se logra garantizar la sustentabilidad del turismo "los efectos pueden ser nocivos y contribuirán al mayor deterioro de los lugares". Las alarmas a entidades se suman al monitoreo que realiza la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la ciencia y la Cultura (UNESCO), una de cuyas finalidades es la protección del patrimonio de la humanidad por medio de su Comité Internacional de Monumentos y Sitios Históricos, que integran especialistas de todo el mundo. La OMT elaboró un manual con recomendaciones e indicadores para gobiernos y empresas aplicable en sitios históricos, áreas protegidas y parques naturales, a fin de evitar que la saturación turística termine por destruirlos.



Tulum, Quintana Roo



Guanajuato, vista panorámica, 1895

430235 Conaculta-INAH-MÉX. SINAFO-FONOTECA NACIONAL

Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia

“Es algo así como impedir que el turismo serruche la rama sobre la que está sentado”, ironizó Mauricio Séller, un arqueólogo urbano argentino, especializado en análisis de impacto turístico en edificios históricos. En una entrevista con el periódico *Reforma* en octubre de 2005, Séller resaltó la importancia de “alertar permanentemente sobre este problema, ya que nunca está de más recordar que los recursos turísticos son una propiedad en común de toda la humanidad”. Pero todo es materia de debate con constataciones relativas, debido a que el turismo masivo internacional es un fenómeno nacido a fines de los años sesenta. En los noventa surgió como hecho multitudinario el turismo relacionado con aspectos históricos y culturales de las sociedades. Ahora se trata de un negocio global que en 2004 movilizó 760 millones de personas, produjo 250 millones de empleos y un movimiento económico superior a 500 mil millones de dólares, según cifras oficiales del Barómetro del Turismo Mundial.

Esta actividad bien planeada genera grandes beneficios para los habitantes de las localidades aledañas, aumenta sus ingresos, crea fuentes de trabajo e incrementa las actividades secundarias de servicios que, a su vez, requieren trabajadores y profesionales de media y alta capacitación. Para el director ejecutivo de la Fundación Naturaleza para el Futuro, Luis Castelli, “la falta de un plan genera una proliferación de estilos y el paisaje queda cautivo de una maraña de carteles, quioscos, cables y regadíos de residuos que recorren el área según el capricho del viento”. Para Castelli, “sin planeamiento ni políticas preventivas, el turismo masivo puede convertirse en la aplanadora de la historia”.

Internándonos en nuestro país, en las zonas arqueológicas mexicanas cada vez aparecen más y más vallas, letreros prohibitivos y zonas de restricción para el público. El Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) tiene registrados 32 mil, aunque se estima que existen alrededor de 150 mil sitios de asentamientos prehispánicos por todo el territorio mexicano, según dejó asentado José Luis Lorenzo, autor del *Atlas arqueológico de México*. El propio INAH tiene abiertos al público 172 sitios arqueológicos.

Cada vez más, el acoso de los visitantes daña las zonas arqueológicas. El abuso y sobreutilización de los bienes construidos puede llevar a su deterioro o destrucción, aun cuando su uso en apariencia no sea nocivo. La función cultural y turística de Tulum es de tal manera intensiva que resulta ya imposible contener el desgaste ocasionado por las multitudes de visitantes que lo saturan en temporada alta, lo cual es incompatible con la vulnerabilidad de sus estructuras pétreas.

En Chichén Itzá se cerró al público el Templo de los Guerreros, porque la gente se sentaba en la escultura de Chac-Mool para tomarse una foto. En Teotihuacan, durante el equinoccio de primavera, se acumulan hasta 30 toneladas de basura. De los 19 millones de turistas que ingresaron a México en 2004, más de ocho millones visitaron las zonas arqueológicas en los diferentes estados del país, siendo Teotihuacan con dos millones quinientas mil personas el sitio más visitado, seguido de Chichén Itzá, Tulum, El Tajín, Monte Albán, Xochicalco y Palenque, respectivamente. Durante el equinoccio de primavera de 2002 llegaron a Teotihuacan más de un millón doscientas mil personas, quienes, vestidas de blanco, subieron a las pirámides del Sol y de la Luna para esperar a que “fueran penetradas por las vibras”. El museo de sitio y las zonas subterráneas permanecen cerrados para evitar saqueos



Panorámica Catedral de Santa Prisca y casas en Taxco, Guerrero, 1935

372333 Conaculta-INAH-MÉX. SINAFO-FONOTECA NACIONAL

Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia



Vista aérea de la ciudad de Guanajuato, 2003
Fotografía: Michael Calderwood

y hay vigilancia por parte de custodios, empleados, seguridad pública, policía estatal y policía federal de caminos, que en total suman 1700 individuos. Los 60 custodios en Teotihuacan no son suficientes, pues son 22 las hectáreas que deben vigilar, sobre todo donde hay pintura mural o en el sitio de una excavación arqueológica. En Monte Albán, los ambulantes ofrecen pedazos de vasijas, utensilios y fragmentos antiguos de jade o de obsidiana a los visitantes.

Si lo que se ha dicho de las zonas arqueológicas es alarmante, una amenaza certera puede sobrevenir a los conjuntos urbanos con valores históricos conforme las demandas del turismo aumentan, lo que implica salvaguardar los centros de acuerdo con su carácter original. Se debe en primera instancia estudiar los problemas que ello plantea y analizar profundamente las posibilidades de orden material. En las ciudades históricas, las calles parecen demasiado estrechas para que las recorra una gran cantidad de vehículos, y muy pequeñas para permitir el uso indiscriminado de autobuses. Si tal es el caso, es necesario dar alternativas en algunas partes de la ciudad al cruce innecesario de automóviles y autobuses, y designar, como en Venecia, edificios de estacionamiento perimetrales, pues hay que tener en cuenta que el mejor turismo es el que se realiza a pie.

Se debe garantizar a los residentes que puedan hacer sus compras sin inconvenientes, porque no es fácil para una mujer de la tercera edad ni para una madre con sus hijos verse obligada a llevar canastos con provisiones a través de largas distancias. Taxco fue la primera ciudad que se intentó proteger, a partir de 1924, como zona típica; actualmente, a pesar de las sucesivas comisiones y sociedades encargadas de la defensa de la ciudad, se puede establecer que, debido a la actividad del turismo —que requiere establecimientos de hotelería, restaurantes, bares, talleres y expendios de platería— y a la cual hay que agregar la poca o nula raigambre que han tenido los vecinos, queda poco de lo original, salvo la estrechez de sus calles y las pequeñas dimensiones de sus plazas. La arquitectura vernácula característica ha sido sustituida por un paisaje cada vez más agresivo y de escasísima calidad.

La industria turística es fuente de empleo y promotora de infraestructura, al tiempo que propicia vandalismo y alteración del patrimonio

Si pudiéramos comparar la ciudad de San Miguel de Allende de hace 40 años con la actual, resultaría, a todas luces, preocupante. Los habitantes han tenido que ceder sus espacios habitables en una planta o dos, alrededor de patios tradicionales, para instalar *boutiques*, bares, restaurantes o clubes nocturnos que satisfagan a la clientela foránea.

Algunos hoteles se han establecido a partir de doce a quince unidades de casas ligadas entre sí por sus jardines y patios, y ofrecen al turista una calidad de vida pretendidamente abajeña y de ostensible sofisticación. Lo mismo sucede con la ciudad de Guanajuato, por el implacable éxodo de sus habitantes a las colonias periféricas para dejar lugar a tiendas de artesanías y vestidos típicos, restaurantes y servicios turísticos, amén del ya consabido Festival Internacional Cervantino, al cual por fortuna, se le está poniendo freno por todos los medios posibles para impedir que el característico espacio urbano, único de esta ciudad minera, prosiga degradándose como consecuencia de borracheras, drogas y prostitución.

La industria turística es fuente de empleo y promotora de infraestructura, al tiempo que propicia vandalismo y alteración del patrimonio. Para muchas poblaciones marginadas con riqueza cultural, representa la única esperanza de desarrollo, por lo cual es indispensable generar políticas sustentables que permitan conciliar los intereses económicos con las identidades locales. ■